

II.- SOBRE AUTOBIOGRAFÍAS Y MEMORIAS

1.- AUTOBIOGRAFÍA Y ORFEBRERÍA LITERARIA EN *EL ENVÉS DE LA HOJA*, DE MANUEL ALVAR

JOSÉ ROMERA CASTILLO

*Quise ser yo y no mortal presencia,
encontrarme en mí mismo, al fin, a solas
y hallar la plenitud sobre las olas,
pero mi voz fue un eco de mi ausencia*

(M. Alvar, “Hombre deshabitado”, *Sangre reposada*)

No puedo ocultar que es para mí una gran satisfacción participar en este homenaje a mi querido y recordado maestro don Manuel Alvar, gracias a la generosidad del Comité Organizador, al que de todo corazón quiero expresar mi más profundo y sincero agradecimiento -el haz de la hoja- y, a la vez, tampoco puedo ocultar que, desde la vibrante emoción que en este momento me embarga, me siento -nos sentimos todos- apenados por la ausencia, pero estimulados por su presencia perenne de quien nos aúna -envés de la hoja- porque su hacendosa vida y dilatada obra está y estará vivamente presente, no sólo durante estos tres días del homenaje, sino durante toda nuestra vida.

Siguiendo con la doble faz de la hoja, también he tenido la oportunidad de celebrar ciertos acontecimientos biográficos de don Manuel que nos llenaron de alegría -de nuevo, otro haz-: pondré dos casos: recuerdo que, estando yo en la Universidad de Valencia, al elegir académico de número la Real Academia Española a nuestro maestro, en diciembre de 1974, publicaba, pocos días después, en el periódico de mayor difusión del área valenciana, *Las Provincias*, un artículo sobre el nuevo académico castellonense -no olvidemos que nació en Benicarló (en 1923), casualmente, al ir su madre a dar a luz allí porque en la localidad se encontraba su hermano médico-, aunque él se sintiese aragonés

por los cuatro costados¹. Pero me congratuló muchísimo más, en mi etapa de Decano de la Facultad de Filología de la UNED, proponer y defender la concesión del doctorado *honoris causa*, que le fue otorgado con rapidez y unanimidad, cuyo acto de investidura, junto al profesor Bernard Pottier, tuve la honra de apadrinar y pronunciar la correspondiente *laudatio*, que me exime ahora de parangonar sus dilatados y fructíferos méritos².

Pero a su vez -de nuevo, otro envés-, con motivo de su muerte, el fatídico 13 de agosto de 2001, escribí una sentida necrológica, aparecida en *Signa*³, la revista que dirijo, sobre el español de las dos orillas (en el doble sentido de la expresión).

En este homenaje, en el que se traza una panorámica de dilatada y señera obra⁴, me corresponde a mí tratar sobre uno de los libros del maestro Alvar -de quien fui discípulo en la Universidad de Granada-, que, aunque desde el punto de vista científico no tenga parangón con su restante obra, sin embargo, desde la óptica personal, como asimismo desde su orfebrería estilística, tiene una importante significación, como, por otra parte, se ha puesto de manifiesto en la numerosas citas y evocaciones que mis colegas han hecho del mismo en muchas de las intervenciones en este homenaje. Me refiero a *El envés de la hoja*.

En efecto, de los Talleres Gráficos "La Editorial", en Coso 70, de Zaragoza, editado por la Institución "Fernando el Católico", de la Diputación Provincial, con el n.º 873 de sus publicaciones, aparecía, en 1982, *El envés de la hoja*. Casi inmediatamente, después de haberme dedicado don Manuel uno de los primeros ejemplares del libro, muy cariñosamente, se publicaba una reseña mía -creo, que la primera que del mismo se hacía- en la prestigiosa *Ínsula*⁵, revista que tanto sirvió para dinamizar nuestra literatura y cultura

¹ José Romera Castillo, "Alvar, el nuevo académico castellonense, experto en dialectología", *Las Provincias* (Valencia), 5 de diciembre (1974), pág. 31.

² José Romera Castillo, "*Laudatio*", en *Manuel Alvar y Bernard Pottier. Discursos de investidura de Doctores honoris causa* (Madrid: UNED, 1993, págs. 7-19).

³ José Romera Castillo, "Necrológica: Manuel Alvar (1923-2001): español de las dos orillas", *Signa* 11 (2002), págs. 353-357 (también en <http://cervantesvirtual.com/hemeroteca/signa/>).

⁴ Sobre la que me he ocupado en dos reseñas: "Manuel Alvar: Estudio, ediciones y notas del *Diario del descubrimiento de Cristóbal Colón*", *Ínsula* 396-397 (1979), pág. 17 y "*Estudios de literatura contemporánea*", *Las Provincias* (Valencia), 20 de marzo (1977), pág. 34; así como me he referido a su labor como director del Curso de Filología Española, durante tantos años, en "Málaga, ciudad de cultura", *La Estafeta Literaria* 550 (1974), pág. 47.

⁵ Reseña de Manuel Alvar, *El envés de la hoja (Memorias)*, *Ínsula* (1982) 431, págs. 8-9.

durante tantos años. En ella, hacía hincapié, aunque muy brevemente, en tres aspectos fundamentales, que, desde mi punto de vista, configuraban esta extraña -¿extraña?, en modo alguno- pieza dentro de la inconmensurable obra alvariana: el lado humano que rezumaban sus páginas, la calidad de su estilo y la inserción del volumen dentro del ámbito autobiográfico. Pues bien, me complazco ahora en retomar aquellos hilos, para intentar trenzarlos con otros nuevos, con el fin de componer una imagen, un pequeño retrato -una recia silueta de autorretrato, que es lo justo-, todo lo incompleto que se quiera -el imperativo del tiempo asignado a esta exposición así lo exige-, el cual, aunque pleno de emotividad y cariño, quisiera abordarlo desde la óptica del estudioso de la literatura, desde dos perspectivas fundamentales: su pertenencia a un género, el autobiográfico, practicado con vigor en estos últimos años en España, como consignaré a renglón seguido; y, a la vez, la competencia literaria que el libro destila.

Es cierto que, en España, en el último cuarto del siglo XX, floreció con fuerza el cultivo de la escritura autobiográfica, como he tenido la oportunidad de inventariar en diversas entregas de un continuado estado de la cuestión⁶, como una rama más de estudio del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías que dirijo⁷. En el ámbito de lo autobiográfico⁸ -un espacio diversificado en autobiografías, memorias, diarios, epistolarios, autorretratos- podemos distinguir -simplificando muchos modos de escritura del yo: a) las historias de vida que narran y cuentan aspectos vivenciales sin más, con informaciones y datos tanto del sujeto emisor como de contextos de todo tipo en los que éste está inserto, en las que impera lo testimonial y documental; y b) las historias de vida en las que, además de lo anteriormente expuesto, hay una vocación

⁶ Cf. José Romera Castillo, "La literatura, signo autobiográfico. El escritor, signo referencial de su escritura", en José Romera Castillo (ed.), *La literatura como signo* (Madrid: Playor, 1981, págs. 13-56); "Panorama de la literatura autobiográfica en España (1975-1991)", *Suplementos Anthropos* 29 (1991), págs. 170-184 -con ampliación en "Hacia un repertorio bibliográfico (selecto) de la escritura autobiográfica en España (1975-1992)", en José Romera *et alii* (eds.), *Escritura autobiográfica* (Madrid: Visor Libros, 1993, págs. 423-505)-; "Senderos de vida en la escritura española (1993)", en *Actas del II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica* (Guadalajara: Aache Ediciones, 1996, vol. II, págs. 461-478); "Senderos de vida en la literatura española (1994)", en Estanislao Ramón Trives y Herminia Provencio Garrigós (eds.), *Estudios de Lingüística Textual. Homenaje al Profesor Muñoz Cortés* (Murcia: Universidad / CAM, 1998, págs. 435-445); "Senderos de vida en la escritura española (1995)", *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* (Universidad de Barcelona) 1 (1996), págs. 57-67, etc.

⁷ Una historia del Centro puede verse en José Romera Castillo, "El Instituto de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías de la UNED", *Signa* 8 (1999), págs. 151-17 (también en <http://cervantesvirtual.com/hemeroteca/signa/>).

⁸ Cf. José Romera Castillo, "Investigaciones sobre escritura autobiográfica en el SELITEN@T de la Universidad Nacional de Educación a Distancia", en Vicente Granados Palomares (ed.), *Actas XXI Simposio Internacional de Literatura y Sociedad* (Madrid: UNED, 2003, págs. 205-220).

de estilo, es decir, en las que la literariedad ocupa un lugar importante al dar forma estética a lo narrado.

De la primera modalidad, los ejemplos que se podrían traer a colación serían innumerables. De la segunda, la cuantía -y, sobre todo, la valía- las hace más numerables al ser su cómputo mucho más exiguo. Pues bien, *El envés de la hoja* es uno de esos textos que posee el haz y el envés de esta dicotómica clasificación por algunas razones que intentaré exponer, brevemente, a renglón seguido.

Aunque en España se hubiese practicado la escritura autobiográfica, con mayor o menor grado y solvencia genérica, desde los inicios de su literatura -botones de muestra no faltan: desde el Arcipreste de Hita, pasando por Santa Teresa, Torres de Villarroel y tantos otros, hasta llegar al último cuarto del siglo XX-; sin embargo, esta modalidad de escritura se cultiva con inusitada fuerza en España -por diversas razones: eliminación de la censura, negocio editorial, moda, etc.- tras la muerte de Franco en 1975. Como muy bien señalaba el granadino Francisco Ayala, en sus memorables *Recuerdos y olvidos*⁹, como sociólogo avezado: "Ahora, en 1980, estábamos ya en plena temporada del 'destape'. La censura había desaparecido. En el lenguaje hablado y en la letra impresa irrumpieron en avalancha las expresiones malsonantes. Aun los menos vistosos cuerpos se mostraban en cueros sobre el escenario y la pantalla. Y, enseñando las vergüenzas, impúdica o inadvertidamente, todo el mundo se echó a publicar sus memorias"¹⁰.

Hombres y mujeres públicos, de toda condición y calaña, abrieron las puertas de su intimidad y plasmaron sus vivencias en escritos de diferente índole y calidad. No sólo los escritores se lanzaron al ruedo de forma múltiple -tanto los del exilio (Alberti, María Zambrano, Rosa Chacel, Ayala, etc.; algunos de los cuales habían publicado anteriormente diversas entregas fuera de España) como una pléyade de los que continuaron (Carlos Barral, Juan Goytisolo, etc.)-, sino que personajes pertenecientes a diferentes ámbitos (otras artes, la ciencia, la política, la religión, el folclore, etc.) escribieron sus recuerdos.

Sesudos hombres del pensamiento y de las letras también se pusieron a escribir sus memorias¹¹. Señalaré dos ámbitos a los que Alvar estuvo intelectualmente muy ligado. Por lo que respecta al campo de la historia, se recuperan, entre otras obras, las memorias de

⁹ Madrid: Alianza, 1988, pág. 503.

¹⁰ Cf. además Manuel Martínez Barrios, *Crónicas del destape* (Barcelona: Planeta, 1979).

¹¹ Las referencias bibliográficas pueden verse en mis estados de la cuestión ya citados.

Salvador de Madariaga, *De la angustia a la libertad. Memorias de un federalista* (1980) y *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía* (1981); las de Claudio Sánchez Albornoz con varias entregas: *Con un pie en el estribo* (1979), *Mi testamento histórico-político* (1976) y *Confidencias* (1979b); las del historiador de las rutas del Atlántico, el canario Francisco Morales Padrón (1993), *Adviento de adolescencia. Recuerdos de un niño que dejó de serlo*; las de José Ignacio Tellechea Idígoras (1993), *Tapices de la memoria. Historia clínica 279.952*, etc.

En el ámbito de la filología han generado escritos autobiográficos -de mayor o menor extensión- Alonso Zamora Vicente (1991), Antoni M. Badia i Margarit (1988), Martín de Riquer Morera (1989), Pedro Sáinz Rodríguez (1978), Francisco Márquez Villanueva (1992), Francisco Rodríguez Adrados (1984), José Alsina Clota (1986), Luis Gil (1990), etc. Alvar también aportaba su grano de arena.

Manuel Alvar López –“nacido en Benicarlo, por un casual, pero de Zaragoza” (pág. 38), como indicará en *El envés de la hoja*-, que plasmó sus experiencias dialectales por la amplia geografía española e hispanoamericana, dejó incrustadas en sus publicaciones científicas -tanto histórico-lingüísticas, literarias y de creación (sobre todo la poética)- referencias autobiográficas (algunos prólogos a sus obras son buena prueba de ello). Además de *El envés de la hoja*¹², publicó otro volumen, *Pasos de un peregrino. Tras las huellas de España*¹³, una recopilación de setenta y ocho artículos, aparecidos anteriormente en *Blanco y Negro* (de ABC), en la que el dialectólogo nos ofrece un *cuaderno sentimental*, al hilo de sus viajes por Europa, América y el Oriente, que sin ser una escritura estrictamente autobiográfica está, sin embargo, impregnada de ella. Pero Alvar no sólo practicó el género, sino que, también, se interesó por textos de esta modalidad de escritura al editar, por ejemplo, las remembranzas, *Bosquejillo de la vida y escritos de D. José Mor de Fuentes delineado por él mismo*¹⁴, que vivió entre 1762 y 1848.

Por lo que respecta a *El envés de la hoja*, hay que señalar, ante todo, que es un relato factual, un relato de vida -“Yo soy un notario de recuerdos y nada más” (pág. 54)-,

¹² Cf. las reseñas de José Romera Castillo en *Ínsula* 431 (1982), págs. 8-9; y Ana Isabel Navarro Carrasco en *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante* 6 (1990), págs. 269-271.

¹³ Madrid: Espasa Calpe, 1991; con prólogo de Víctor García de la Concha, “Tras las huellas de una España abierta”, págs. 11-22. Cf. la pequeña reseña de R[afael] C[onte], en *ABC Cultural* 8, 27 de diciembre (1991), pág. 20; y la más amplia de Ana Isabel Navarro Carrasco, en *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante* 7 (1991), págs. 243-248.

¹⁴ Con dos ediciones: la primera (Granada: Universidad, 1952) y la segunda (Zaragoza: Guara, 1981).

en el que, aunque no nos dé una visión global de su trayectoria vital, a través de unas teselas del mosaico -veinte-, arroja luz sobre sus pasos peregrinos. En la obra encontramos fragmentos de vida de un dialectólogo -su oficio más querido cuando fue escrita- que llevaba “treinta y cinco años pateando la ancha y áspera piel del toro ibérico” (pág. 7), además de la América hermana. La materia narrativa que encontramos en el libro -dedicado a sus “amigos Luis Rosales y Félix Grande, que se divertían con mis andanzas, y encima las publicaban” en *Cultura Hispánica*-, compuesto por 156 págs. -¡qué pocas para tan larga y apretada vida!-, no debemos inscribirla dentro del complejo y vasto mundo de los libros de viajes, sino que, al estar centrada en sus vivencias, hay que situarla en el ámbito de la escritura memorialística. Vivencias del yo, puestas siempre en relación -de ahí, el rótulo de memorias que merece el volumen- con reflexiones sobre el hombre y la vida en general, contextos socio-culturales, amistades y lealtades (nunca deslealtades), anécdotas y percances de todo tipo (cólico en Visiedo, rompimiento de huesos en Motril, picadura de hormigas en el Amazonas, etc.), presencia discreta de la familia con Elena -doña Elena-, “que aún sigue aquí, tenue, llena de suavidad y de risas renovadas” (pág. 35), siempre al fondo, además -cómo no- de retazos de teoría lingüística, procesos metodológicos a la hora de hacer las encuestas para los atlas dialectales, ejemplificaciones de modelos de habla y tantos otros aspectos más...

A través de los veinte epígrafes, referidos a quien “recoge palabras y ama a las gentes que las pronuncian” (pág. 7), encontramos las andanzas, venturas y desventuras de un dialectólogo; de alguien que, enamorado de las palabras, emprende y realiza una azarosa peregrinación para conocer, entender y dar a conocer con un acertado tino los mecanismos que rigen el vehículo principal de la comunicación humana: la lengua, la española en este caso.

En el primer epígrafe (págs. 7-8) -que lleva el mismo título del volumen- el lector podrá encontrar una declaración programática de los objetivos del libro y una justificación del título: “esa otra faz, que el dialectólogo acalla cuando trabaja y que, sin embargo, se acurruca, temblando emocionada, detrás de la membrana que hay [...] rodeando el corazón para que la sangre no se vacíe” (pág. 8). Y desde esta ladera humana -lejos del rigor científico de su labor investigadora- el lector se encontrará, a continuación, con diecinueve teselas, magníficamente diseñadas, en la (re)composición de su autorretrato.

Teselas que van desde sus primeros pasos en el “Instituto Goya” (págs. 9-14), de Zaragoza -donde cursó sus estudios de bachillerato-, pasando por su estancia en la universidad -“Salamanca, la blanca” (págs. 15-20)- y sus primeros pasos como

dialectólogo, en el epígrafe “Mosen Feliciano” (págs. 21-29). A continuación, se interrumpe, aparentemente, el hilo diacrónico conductor y en “Treinta años después” (págs. 31-40) el dialectólogo hace una parada, desde el presente de la escritura, para reflexionar sobre lo ya hecho y seguir narrando otras peripecias suyas (en Navarra, servicio militar, Universidad de Cuyo). Las andanzas y anécdotas de la realización de encuestas dialectales en España las encontramos en “Solemnes palabras” (págs. 41-48) -por tierras del norte-, “Tierra de Jauja” (págs. 49-56) -por tierras granadinas y Jauja-, “Truchas y bragas enjutas” (págs. 57-64) -por tierras cordobesas-, “Igual que un cuento de Barbey” (págs. 65-70) -de nuevo por pueblos de Granada- e “Islas afortunadas” (págs. 71-87) -por sus queridas Islas Canarias, pórtico de su intenso americanismo-.

América, la América hispana, a cuyas modalidades de español dedicó tanto esfuerzo y cariño, estará muy presente en varias entradas: “*Antillae jocundae*” (págs. 89-91) -con Puerto Rico como perla antillana-, “Nueva España” (págs. 93-98) y “Hablar pura Castilla” (págs. 99-106) -con amor a México, tan recio siempre, y a los indios-, “En los llanos orientales” (págs. 107-116) -con Colombia como centro-, “Por donde pasó la ira de Dios” (págs. 117-124) y “Amazonia terca” (págs. 125-129) -sobre los salvajes, en todos los sentidos, territorios colombiano, brasileño y peruano-, “Tata Simón en su cerro sombrío” (págs. 131-136) -sobre América Central- e “Hijo de Santo” -con Brasil como centro-. Norteamérica, con una gran nómina de hispanohablantes, no podía estar ausente, como vemos en “Every Day I’ve a Blue” (págs. 145-149).

Y finalmente, con circular estructura, en “Aguadores, 20” (págs. 151-156), la evocación del peregrino vuelve a la mirada a su calle zaragozana, en la que vivió sus años de infancia, en los que la triste guerra -la guerra (in)civil de 1936-, aún asomando sus negras zarpas, permitía “ser niños a los niños” (pág. 152) y, aunque desde el hoy de la escritura, el narrador al volver a su barrio no encuentre restos de su pasado -“no estaba mi casa, ni mi balcón, ni el recuerdo del padre que no volvió, ni el de la madre joven, ni el de los cordones azules de la milicia, ni el primer libro que compré a Inocencio Ruiz” (pág. 155)- y se sienta solo, “ante la tapia hostil de mis recuerdos y una mujer me miraba como quien mira a un mochuelo (¿qué verá este bicho raro entre tantas enronas?) y yo sentía que unas uñas largas y enlutadas iban -ras, ras, ras- cortándome los hilos de las añoranzas”, ya que -concluye- “me había hecho de pronto, y a solas, triste, triste, como el gloo de aquel gato que se fue -apenas un bulto- con las aguas sucias del río” (pág. 156).

Todo ello -y mucho más- podrá encontrar el interesado lector en estas fragmentadas memorias, en estas páginas “palpitantes” -como las llama el autor-, plenas de

rentabilidad informativa de primera mano acerca de una larga y dilatada vida –que tan bien vienen al biógrafo-, dedicada al estudio de nuestra lengua.

Me propongo ahora -amparado en el rótulo “Manuel Alvar, creador literario” de esta Mesa Redonda, como continuación de la labor poética del maestro, trazada, anteriormente a mi intervención, por M^a. Pilar Palomo-, señalar algo sobre la prosa peculiar que descubrimos en *El envés de la hoja*. Sabemos -como el autor consigna- que un día en Salzburgo un colega de muchas campanillas, lo presentó como “un bicho raro” y, en vez de hacer apología de su extensa y valiosa obra científica, se limitó a leer unos poemas del “insólito pajarraco”. El hecho, creo, no lo tomó Alvar como un desplante, sino que, al contrario, el dialectólogo se sintió halagado, porque, en su interior, anidaba una fuerte vocación literaria. Vocación que, además de ponerla de manifiesto en la redacción de sus escritos científicos y de divulgación, se encuentra explícitamente manifiesta en sus entregas poéticas (nueve entre 1949 y 1979)¹⁵ y, sobre todo, en este libro que analizamos. Este “bicho raro”, este “insólito pajarraco” -como él mismo se define- posee el don de la escritura, y sabe, en el hondón de su alma, que, “aunque la faz se trueque y los nobles y discretos varones se lo denigren”, existe otra faz -ahora la del envés- que el dialectólogo acalla cuando trabaja en sus Atlas y en sus estudios lingüísticos y literarios. En ellos, como apuntaba anteriormente, se vislumbran fogonazos de un bello decir, de literariedad, en suma, que, en modo alguno, están reñidos con el rigor y la penetración del estudioso perspicaz.

Ni que decir tiene, ante todo, que *El envés de la hoja* hay que enmarcarlo dentro del género memorialístico, caracterizado por un complejo de intenciones, convenciones genéricas y tradiciones culturales (en este caso el de la escritura autobiográfica). De ellas, no se escapa. Es cierto -como ha descrito muy bien Gérard Genette en *Ficción y dicción*¹⁶-, que el libro no es un relato ficcional -hecho que no podemos olvidar-, al no estar basado en criterios temáticos (el carácter imaginario de su contenido, sobre todo), que siguen un régimen constitutivo de literariedad constantes; sino que nos encontramos ante un texto que constituye un relato factual -según Genette-, al proporcionar una serie de elementos testimoniales. Pero también lo es, que la obra goza, como este tipo de escritos

¹⁵ Como certeramente estudió Ricardo Senabre, “Introducción a la poesía de Manuel Alvar”, en *Philologica Hispaniensia in honorem Manuel Alvar* (Madrid: Gredos, 1987, vol. IV, págs. 7-20).

¹⁶ Barcelona: Lumen, 1993.

autobiográficos cuando tienen altura estética, de un interés añadido, cual es el cuidado formal y verbal que requiere el arte literario.

El envés de la hoja -en su prosa- adquiere literariedad por varias razones. Señalaré -por razones de espacio- algunas. Por lo que se refiere a la *compositio* de la obra, indicaré, en primer lugar, que la narración no viene dada de forma lineal y cronológica. Los saltos atrás del relato se funden con el momento actual de la escritura, con el fin de que, a través de los diversos fragmentos (diecinueve más el pórtico), el lector, a la postre, re-cree (que ésa es la labor del destinatario, como enunciara Unamuno) la figura de un hombre, dedicado a la ciencia, que, desde la humildad y sencillez, se siente ante todo humano. El tiempo de la narración, medido al máximo, funde acontecimientos vitales, como sucede, por ejemplo, en el capítulo “Treinta años después”: de la historia del soldado que hacía sus primeros pinitos dialectológicos en Navarra, se pasa a los juicios “cariñosos” que otros destacados lingüistas (Pottier, Antonio Tovar, Alwin Kuhn) hicieron de sus trabajos, destacando su paso por la Universidad de Cuyo, en 1970, cuando el gran Krüger, ya ciego, asistió al curso que nuestro dialectólogo daba (pág. 40).

Todo equilibrado y medido (casi cincuenta páginas a España y casi otras tantas a América), con una estructura circular -al final se vuelve al inicio de la infancia- que nos envuelve y engancha, máxime cuando, en ocasiones, recurre al narratorio para afianzar más la unión: “Cuando de escribir recuerdos se trata, la insinceridad va pareja con las vanidades. Y como no es éste el caso, quisiera que tú que me lees creyeras -sin juramentos, que eso está feo entre gentes que no mienten- lo que aquí voy a contar” (pág. 31).

La construcción del personaje-narrador (identificado con el autor real, como mandan los cánones autobiográficos) está notablemente conseguida. El emisor -don Manuel- se transforma en narrador -claro trasunto suyo- y crea el personaje -el dialectólogo- que protagoniza las andanzas de su peripecia vital e intelectual. Podría haber empleado su nombre propio, pero no. Prefiere un arquetipo, el del buscador y estudioso de las palabras -el dialectólogo es el primer sintagma con el que se inicia la obra-, con el fin de quitarse protagonismo y, a la vez, propiciar un objetivo más abarcador: el de dar cuenta de la vida de un ser que rezuma humanidad por doquier. Con este procedimiento formal se pone de manifiesto que lo que el narrador cuenta -en tercera persona, más que en la primera (lo más usual en este tipo de relatos)- adquiere un tono más intelectual y creíble, además de ampliar el radio de acción de sus objetivos, sirviendo su experiencia personal como base de la reflexión. Todo un personaje, en suma, perfectamente coherente, perspicaz y atento, que da unidad y sentido a esa *viva* vida contada.

En esta obra de Alvar -hombre culto donde los hubiera- la intertextualidad está reciamente presente. De lo cotidiano de su quehacer vital se pasa a la comparación y similitud con elementos de su enciclopedia cultural. Son muchos los ejemplos que, al respecto, se podrían traer a colación. Pondré uno muy significativo, emparentado, a su vez, con el peregrino que da cuenta de su viaje. Como buen viajero -que lo fue y mucho- Alvar, por boca del narrador, señala que “el dialectólogo se acuerda de un verso de Du Bellay: *Dichoso aquél que, como Ulises, ha hecho un largo viaje*” (pág. 71). Y del verso pasa al personaje mitológico, que toma como espejo en el que mirarse: “El dialectólogo quisiera poder contar cosas dignas de Ulises, su maestro y santo patrono en esto de las andanzas viajeras, pero el dialectólogo es un hombre vulgar que no ha descubierto nada que merezca la pena”, sin embargo -apostilla a renglón seguido- “ha visto muchas tierras y ha hablado con muchos hombres. Y como no se resigna al olvido, piensa que sus peregrinaciones también tienen, a veces, unos respuntes poéticos y que, a pesar de viajar en jumbo, puede ser feliz por haber hecho un largo viaje. Pues el burro y el camello no han perdido su emoción lírica para un hombre que vive entre asfalto”, por lo que, en consecuencia, “Ulises hubiera descubierto en las Islas [Canarias] la fantasía que nos quieren robar” (pág. 72)¹⁷. Intertextualidad(es) que pulula(n) por doquier en el libro, esmaltado con referencias a autores literarios, poemas, cuadros, pintura, música, etc. tanto de España como fuera de ella.

Alvar es un experto en el manejo de la descripción. Lugares, personas y personajes, simples objetos son descritos con una maestría inigualable. El lector podrá encontrar en la obra ejemplos dignos de mención. Pondré algunos -muy pocos- botones de muestra. Cuando el dialectólogo llega a Brasil -“veinticinco horas volando”- se encuentra con una maravilla de la naturaleza:

Saudade y ledice se llamaban Río, Río para la vida, y para la muerte, Río. Al azúcar lo bautizaron Río y Río bautizaron a la cadera sabrosona; Río, a los pasos que danzan adormecidos, a los labios que dormidos cantan y a los ojos que despiertos encandilan. Río de embeleso, y de feitiços, Río. Era una mansa culebra ceñida a los brazos, al torso y a las piernas. Un trasgo abatido en las plantas y que se arracima hasta convertirse en una temblorosa luz de santelmo. El demon meridiano enloquecido en el vértice inmenso de un torbellino. Un extraño desarraigo de las cosas o una involuntaria entrega, también eso se confundió con Río (págs. 137-138).

¹⁷ En Lanzarote, uno de sus encuestados coincidiría con otro personaje mitológico: “al norte de la isla, el dialectólogo se encontró -sin comerlo ni beberlo- con Polifemo” (pág. 75).

La noche, asimismo, es objeto de su atención:

Las últimas luces se habían perdido y sólo la noche abría su espesa pulpa a nuestro paso. La noche, sonora como un tritón variegado y oscura como las mantas fulónicas. Noche para caminar inciertos, igual que los palpos del ermitaño salen, desperezándose, de la valva que los protege. Una noche larga se cernía sobre el mundo: aún no existía la luz y nosotros hendíamos las sombras (pág. 138).

Son muchos los personajes, con los que frecuentemente el dialectólogo hace sus encuestas, que encontramos en el vivo retablo de *El envés de la hoja*, en cuya descripción el maestro se luce. Pondré dos ejemplos. Uno, referido al cántabro señor Celestino, el ciego:

Vino el señor Celestino; era altísimo y corpulento, se apoyaba en un garrote pintado de blanco y caminaba con la dignidad de Edipo, oiga, ¿no sería mejor Homero? Sí, caminaba con la dignidad de Homero cantando de pueblo en pueblo las rapsodias del epos jónico. Yo le ayudaré, mi señor. (Los dialectólogos quedaron anonadados: era una voz alta y sonora, tenía dejos de cantar de gesta, cuando sus palabras caían era como si las tormentas desarraigaran robles.) Yo sé más que nadie de las cosas de mi pueblo. Usté pregunte, mi señor, y yo le contestaré. Aquel hombre tenía la grandeza de las epopeyas: todo lo sabía, todo lo entendía, no necesitábamos del dibujo, ni de las largas descripciones, ni de los gestos torpes para acompañar las palabras indecisas. Los cuadernos se llenaban y se llenaban [...] Allí, sí, allí, en la taberna de un pueblo venido a menos, un ciego había cobrado la grandeza de los relatos épicos. Sí, él solo, hubiera sido capaz de desjarretar toros y estrangular leones si los hubiera sabido traidores (págs. 47-48).

Y otro, sobre la puertorriqueña Leticia:

Leticia era una muchacha de color: brillante hasta azularse -¿platinoche, noche que noche nochera?--; no estaba entrada, sino salida en carnes: opulencias de barroco bodegón se desmadraban generosas, por el descote bajo, por los tirantes arriba, por el caderamen que temblaba -zis, zas- cuando caminaba cachonda. La mesa estaba ligeramente peraltada. Leticia -¡qué generosidad de luces en plenilunio!- se dirigía hacia la mesa (zis, zas, sus glúteos; clac, cloc, las ínclitas razas ubérrimas; sis, sas, el suspirar de su boca) (págs. 90-91).

La narración, para avivarla y hacerla menos pesada, está llena de vivos diálogos, unas veces de forma indirecta, como hemos visto en algunos ejemplos anteriormente, y

otras, en la canónica directa. Baste un ejemplo esclarecedor, al entrevistarse el dialectólogo con una maestra colombiana del municipio de Puerto López:

*-“¿Por qué hablan estos niños con zeta?” –“Sí, es mejor. Yo se la enseño.” –
“¿Pero V. la enseña?” –Sí, les hago distinguir ese de zeta y zeta de ce.” –“¿De
verdad?” La profesora tiene un hermosísimo color negro. Es lista. Tiene ideas
claras de las cosas [...] –“Pero y las ces, las zetas, las eses.” –“Sí; verá, es muy
fácil: lo hago con mucho énfasis y, a la vez, señalo con el dedo. Nunca se
equivocan.” –“¡Ah!” La profesora había pronunciado lo que ella llamaba zeta y
ese y ce. El dialectólogo es un pedante y ahora escribe su arrepentimiento [...] Pero
por unos pocos pesos, entre selva y malaria, una mujer joven se dejaba la
vida a retazos –“ya hace dos años que estoy aquí”- para que unos niños
colombianos aprendan –sí, hasta la zeta- y no sean gamines o salteadores y para
que ella –negra hermosísima- pueda aprender un día expresión corporal (págs.
111-112).*

Asimismo, en la obra encontramos recursos humorísticos por doquier. Pondré dos ejemplos:

a) *Esto de las palabras no se cotiza y teníamos miedo a quienes nos miraban con
desdén. ¿Así es? Pues claro, hombre, ¿le ha dolido alguna vez una etimología?
¿O le supuró un archifonema? ¿O le salió un golondrino de fricativas? Si se
pone así, pues no hay forma de hablar, pero, me digo yo, habrá otros
menesteres más humildes y que no precisen del bisturí para sajarlos. Que no,
que no, porque tampoco sale usagre de las lexías ésas, ni aspean los sememas,
ni producen ubrera las velares. Pare el burro, amigo, ¿y no hay modorra de
morfemas? (pág. 65).*

b) *Un día -nuestra Santa Madre la Filología quiera que sea pronto- en el Atlas
de Colombia habrá un puntito con un número (pág. 115).*

El análisis podría seguir con el estudio de otros recursos estilísticos. Pero es hora de terminar. Es cierto que *El envés de la hoja* no roza siquiera la altura que las publicaciones lingüísticas y literarias de Manuel Alvar tienen en el ámbito científico; pero también lo es, que la obra sirve para ofrecernos el haz -o el envés- de la trayectoria vital de una gran persona -para mí, un querido maestro, al que siempre agradeceré su confianza y amistad-, en cuyo interior atesoraba la grata moneda de la humanidad. Por ello, no es nada extraño que la Fundación “Fernando el Católico”, de la Diputación de Zaragoza, en 2002, haya querido editar una edición facsímil¹⁸ de la de 1982, con motivo de este homenaje, tan

¹⁸ Con un amical prólogo de Tomás Buesa Oliver, “Soliloquios” (págs. [5-16]), más unas fotos que recogen parte de la trayectoria vital de don Manuel (págs. [175-193]).

merecido y justo. El dicho de M. de Montaigne, *Soy yo mismo la materia de mi libro*, se cumple en este caso. Querido lector -como propugnaba Luis Cernuda- *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*¹⁹.

¹⁹ Trabajo publicado en José M.^a Enguita *et alii* (eds.), *Jornadas Internacionales en memoria de Manuel Alvar* (Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", 2005, págs. 193-205).